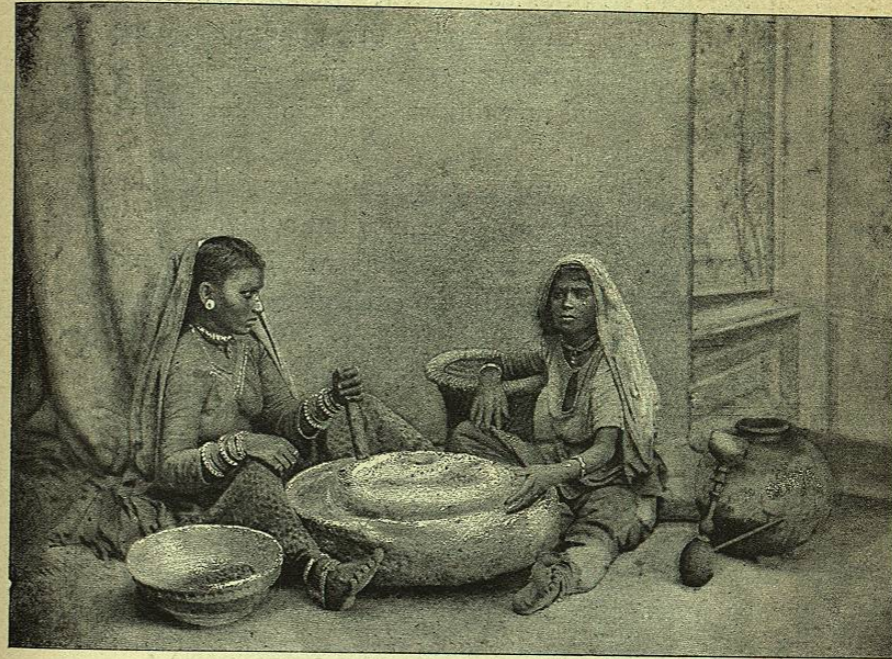


de una gran comarca entera. Los pueblos kolarianos conocen que forman una nacionalidad aparte; se acuerdan de que han sido los amos del suelo; sus leyendas, como muchos testimonios extranjeros, hacen creer, en efecto, que han estado constituidos en cuerpo de nación, gozando de un gobierno regular. El nombre de Bhumya, que lleva una de sus tribus, significa «hijos del suelo» ó autóctonos. Saben perfectamente que se remontan á una antigüedad muy alta. Débiles para luchar abiertamente, no tienen escrúpulo en recurrir á la astucia para enriquecerse á costa de los que los han despojado. Todos los koles son audaces ladrones, y lejos de sentir por ello la menor vergüenza, se vanaglorían entre sí de sus hazañas. «No hacemos, dicen ellos, sino recuperar lo que nos pertenece y nos ha sido antes robado.» Por un contraste singular resultan estos bandidos, cuando la necesidad les obliga á ponerse al servicio de los actuales dueños de la India, los mejores agentes de policía, los guardas de campo más severos y más vigilantes que puedan procurarse los ingleses. Sucede también que, guardas de campo y de ganados durante el día, los cogen y se los llevan durante la noche, cumpliendo las dos funciones con igual celo, prudencia y habilidad. Francos en absoluto, hacen todo testigo inútil, y confiesan desde luego, cuando se les interroga, que son culpables.

Los koles son hospitalarios hasta el extremo de dejarse matar por su huésped si éste corre cualquier peligro. Son igualmente soberbios y de carácter muy independiente. Obligados á pagar contribución, la llevan con toda regularidad al límite de su territorio, no consintiendo que los recaudadores mancillen con su presencia el asilo de sus bosques.

Las poblaciones kolarianas son muy dadas á la guerra. Gustan del combate por el placer que les proporciona y también porque lo creen agradable á los dioses. Consultan los presagios, y según ellos reconocen que el cielo reclamaba la lucha y pide sangre. En seguida despachan mensajeros á la tribu vecina y la desafían en campo cerrado. Luchan durante muchos días y por todo el tiempo que presagios contrarios no indican su fin. Nin-

guna animosidad, ningún odio enconaba á los guerreros, que parten de ordinario la misma tienda de campaña y la misma comida durante la suspensión de hostilidades. Las mujeres asisten á la batalla, aplauden los golpes felices, las hazañas brillantes, recogen y cuidan los heridos, y lloran sobre los muertos. Como las sa-



Mujeres indas amasando harina. (India central.)

binas de la antigüedad, tienen sus hermanos y sus padres en un campo y sus esposos en otro, pues entre los koles los matrimonios son rigurosamente exógamos.

En estas poblaciones el mozo compra la mujer con quien quiere casarse, ó más bien la compran para él sus padres. Resulta que queda durante mucho tiempo sometido á la voluntad paternal, pues no poseyendo él nada, no puede fundar una familia sin el consentimiento de su padre y de su madre. El divorcio es permitido á la mujer; se la ve á veces tomar sucesivamente cuatro ó cinco maridos. Todos están obligados á reembolsar al pre-

cedente propietario, pero pueden recurrir á todos los subterfugios posibles para librarse de hacerlo.

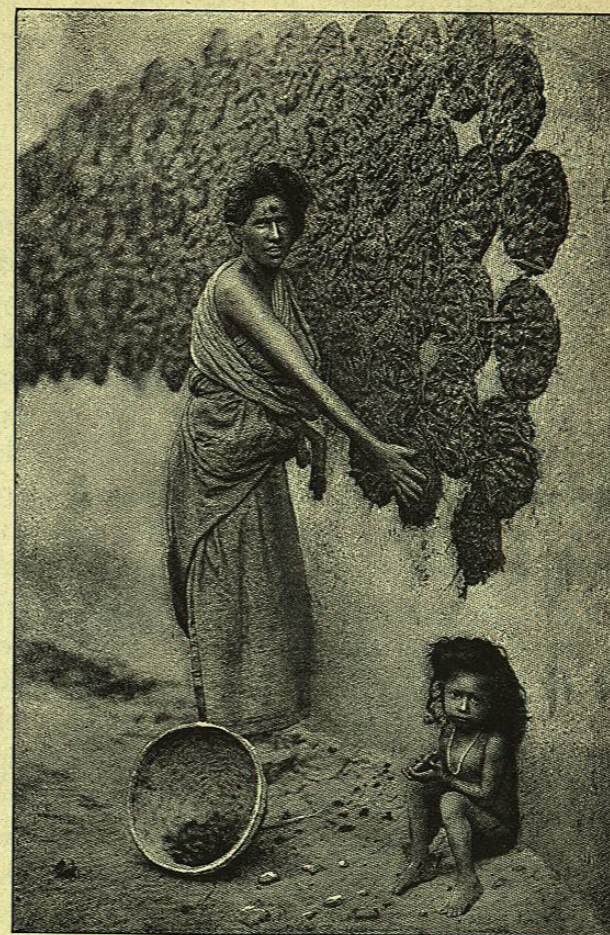
Practican, por tanto, estos pueblos una verdadera poliandria disfrazada, y esta costumbre resulta fatalmente de la carencia de subsistencias y del elevado precio en que son tasadas las mujeres. El infanticidio se practica todavía mucho entre ellos. Cada familia no conserva de ordinario más que una hija ó dos y encierra las otras, cuando nacen, en una vasija de vidrio ó de barro que entierra. Resulta así una forzosa elevación del valor de las mujeres que sobreviven.

La vida material es dura para los habitantes del Chota Nagpore. El suelo es allí pobre y está muy mal cultivado. En Orissa es todavía peor; las escasas cosechas son á veces devoradas de golpe por una inundación á la cual sucede de ordinario la peste; después interminables sequías hacen perecer de hambre millares de habitantes. En un país tan miserable no pueden escogerse los alimentos; así los kolarianos comen toda clase de carne con gran escándalo de los bracmanes indos.

La costa de Orissa no fué siempre la comarca miserable que es hoy. En otro tiempo, en la época de Carlomagno y de Harún-ar-Raschid, un floreciente imperio se elevó en esta región; las leyendas indas dan fe de ello, y testimonios, más indiscutibles aún, de templos maravillosos hoy en ruinas, como los de Bhuvanesar, nos demuestran que esas costas inhospitalarias fueron en otro tiempo la residencia de una civilización pujante. No son ciertamente los khondes salvajes que pueblan hoy Orissa los que pudieron crear esa extraña y notable arquitectura.

Más que ciudades son templos lo que cubre esta costa, tierra sagrada tanto para los bracmanes cuanto para los bárbaros. Colocadas entre la India aria y la India dravidiana, las orillas del Orissa han visto mezclarse las razas y las religiones, y en la confusión de cultos han venido á ser para todos los creyentes los lugares venerandos por excelencia. De todas partes, y cualquiera que sea el dios que adoren, vienen peregrinos. El Olimpo bracmánico se entreabre á los admirados ojos del salvaje, que

hasta entonces no se ha prosternado sino delante de los fetiches; á su vez dirige sus plegarias á Kali, á Vishnu, á Siva. Pero estas supersticiones oscuras ganan al mismo tiempo los miembros



Mujer del Sur de la India fabricando con estiércol panes de combustible

de las castas orgullosas que tanto le menosprecian. En ciertos santuarios y en ciertos días todos los hombres se encuentran iguales: el paria más despreciado trata como hermano al más ilustre bracmán; no hay negros ni blancos, ni arios ni dravidianos, ni salvajes ni cultos; los extremos se han encontrado y la

fusión de los diversos elementos que constituyen la población de la inmensa península se realiza por un instante.

Hemos rápidamente pasado revista á todos esos elementos. Señalaremos sólo, para terminar la nomenclatura, el grupo importante de los uryas, que ocupan la región marítima entre la costa de Orissa y la embocadura del Ganges. Es un pueblo intermedio, semisalvaje, que tiene su lengua aparte, y que, sin ofrecer tipo muy distinto, participa de un poco de cada una de las numerosas razas entre las cuales se halla colocado.

Nos complacerá que este resumen rápido y forzosamente incompleto de las razas de la India haya hecho comprender al lector la variedad casi infinita que existe entre esas razas y la enorme distancia que separa las más elevadas de las más ínfimas. Después de habernos esforzado en señalar la diferencia de los rasgos, del carácter, de las costumbres, de las creencias; después de haber demostrado que sobre esa vasta extensión de territorio y en lugares muy diversos la humanidad está representada casi en todos sus tipos como en todos los grados de civilización que ha atravesado desde el origen de su historia hasta nuestros días, vamos en el capítulo que sigue á entregarnos á un trabajo de síntesis, complemento natural del análisis que precede. Investigaremos ahora cuáles son los caracteres comunes que presentan esas razas tan diversas; hasta qué punto esos elementos distintos han podido, sea mezclándose, sea cediendo á algunas leyes comunes, tender poco á poco hacia una unidad que alcanzarán quizá un día. Después de haber estudiado lo que separa los pueblos de la India, vamos á indicar lo que los relaciona y en qué puntos coinciden.

CAPITULO IV

CARACTERES MORALES É INTELECTUALES COMUNES Á LAS DIVERSAS RAZAS DE LA INDIA

1.º — CONDICIONES DE MEDIO Y DE EXISTENCIA QUE HAN PRODUCIDO LAS ANALOGÍAS QUE SE OBSERVAN ENTRE LAS DIVERSAS POBLACIONES INDAS.

Los capítulos que hemos consagrado al estudio de las razas de la India han demostrado cuán profundas son las diferencias que las separan. La inmensa península no puede ser considerada sino como un vasto mosaico compuesto de los más diversos pueblos, desde el salvaje primitivo hasta el hombre civilizado, pasando por todas las fases intermedias.

Hemos visto cuán diferentes eran los tipos físicos de esas diversas razas. Ese nombre genérico de indos comprende una colección de hombres en que se encuentran todos los colores de la piel, desde el negro hasta el blanco, así como todos los tipos posibles de fisonomía entre la suprema belleza y la extrema fealdad.

Los caracteres morales é intelectuales de esas razas no son menos variados que sus caracteres físicos. Hay un abismo entre el rajpute, conocido por su incomparable bravura, y el bengalés, conocido por su ignominiosa cobardía; entre los montañeses del Rajmohal, que no mienten jamás, y ciertos indos, que mienten siempre.

Ha de parecer, pues, legítimo afirmar, desde luego, que no existe ningún carácter común entre razas tan distintas; pero veremos bien pronto que esta conclusión sería errónea y que la comunidad de medios físicos é intelectuales ha producido ciertos caracteres generales. Tales son esos caracteres comunes que